





# Muerte y resurrección de Sandino

**Cristina Peri Rossi**

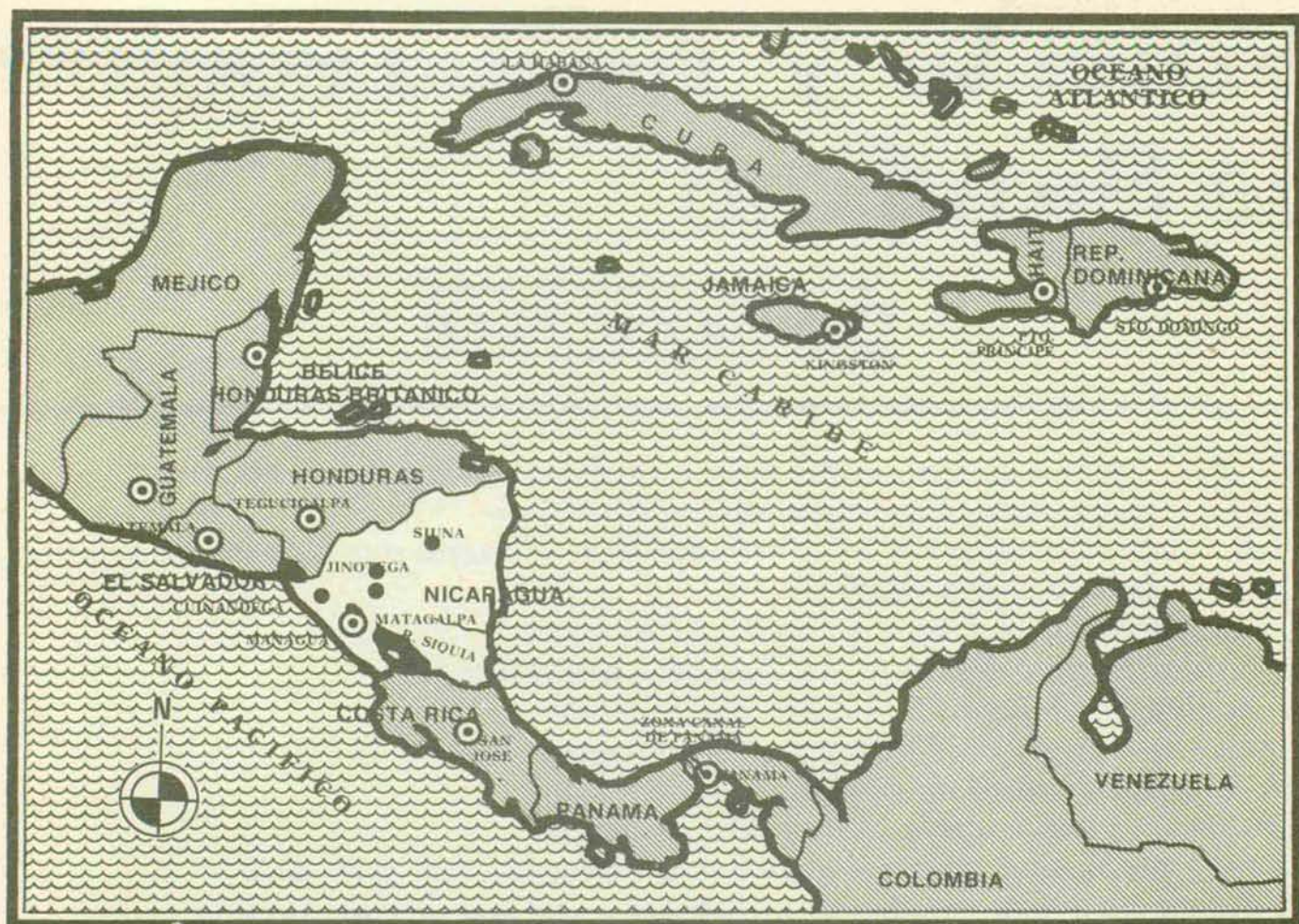
**H**AY países de los cuales sólo se habla cuando una catástrofe —terremoto, naufragio o inundación— hace desaparecer instantáneamente a buena parte de sus habitantes, condenados, de todos modos, a morir prematuramente a causa del hambre, las enfermedades endémicas o la represión política. No suelen tener jugadores caros para vender, lo cual los hunde más aún en el anonimato: sólo exportan mano de obra barata o materias primas cuya cotización no fijan. De vez en cuando, como una floración excepcional y curiosa, producen un poeta excelente, un pintor o un hombre de ciencia que es prontamente absorbido por cualquier metrópolis. La historia —con mayúscula— parece abandonarlos; sus coordenadas no pasan por los límites de esos países. La atención del mundo los olvida, como si todavía no hubieran alcanzado el derecho de participar de **nuestra** civilización. (La de los países industrializados, por supuesto.) Los más audaces suelen pensar que quizás en esos países —vastas llanuras, campos fértiles, naturaleza lujuriosa— esté el futuro granero del mundo; por ahora, en general, está el infierno.

**¿C**UANTOS saben siquiera en qué parte del globo se encuentra Nicaragua? Muchos, con criterio simple, piensan que se trata de alguna factoría norteamericana, lo cual no es tan errado, después de todo. Alguien más culto recordará, por ejemplo, que allí nació Rubén Darío, aunque ¿qué tienen que ver las princesas tristes, los cisnes alados y las evocaciones de Versailles con Nicaragua? Accidente, simple acci-

dente, Darío pudo haber nacido en otra parte, se concluirá en seguida. («**Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.**») Sin embargo, en muchos de esos países se dirime desde hace muchísimos años, uno de los pleitos más duros, crueles y sangrientos de la historia contemporánea: la lucha contra la opresión norteamericana aliada con las oligarquías nativas. Una lucha desigual, violenta,

donde trescientos, quinientos, mil muertos por año no importan; son los «desaparecidos», los fusilados anónimamente, los cadáveres que nunca serán entregados. La lucha permanente contra ambos amos: las compañías norteamericanas y sus intereses más las voraces oligarquías nacionales, tiene periodos de recrudescimiento y derrotas momentáneas. Tiene líderes, mártires y aparentes treguas. El carácter caricaturesco de la





¿Cuántos saben siquiera en qué parte del globo se encuentra Nicaragua? Muchos, con criterio simple, piensan que se trata de alguna factoría norteamericana, lo cual no es tan errado, después de todo. (Mapa de Nicaragua.)

política en las quasi colonias norteamericanas —ese rasgo de farsa que cualquier observador podrá anotar rápidamente— se debe, sin duda, a los extremos que se ha llegado, sólo comparables a los que impone Idi Amin. La dinastía Somoza, en Nicaragua, con cuarenta años de extorsión, explotación y genocidio puede haber llegado a su fin. Sandino habrá triunfado, póstumamente.

### ¿TANTOS MILLONES DE HOMBRES HABLAREMOS INGLÉS? (Rubén Darío)

La intromisión norteamericana en Centroamérica es antigua; en Nicaragua, tuvo ribetes de caricatura: el filibustero William Walker y sus

mercenarios, ávidos de poder, pusieron pie en el país en 1855; poco después, Walker se hizo designar presidente de Nicaragua. Su codicia tuvo una única virtud: unió a Centroamérica contra la intervención norteamericana. Se forjaron alianzas, uniones y vínculos, por primera vez, entre las naciones limítrofes y hermanas, para enfrentar al enemigo rubio que hablaba inglés y había reestablecido la esclavitud. El ejército único que se formó por ese entonces consiguió finalmente hacer retroceder al tirano invasor que se reembarcó para los Estados Unidos. Sin embargo, la diplomacia norteamericana —la Diplomacia del dólar, de Roosevelt, o la del garrote, de William H. Taft— consiguió antes de la primera Guerra Mundial su propósito más

importante: las islas del Caribe (conocidas también como **Banana Republics**) se convirtieron en su feudo, en su coto privado; el mar Caribe fue un lago norteamericano y las tierras y sus productos, asunto de las compañías privadas, de la United Fruit o de la familia Fletcher. En cuanto al gobierno, los Estados Unidos se encargaron de colocar siempre a gente adicta, «amigos», tiranos sumisos a los consejos de Washington. Enviados especiales conseguían imponer condiciones ruinosas para la economía de los países centroamericanos: concesiones por cientos de años, préstamos a intereses usureros, permisos para construir bases fortificadas... Por supuesto: los norteamericanos siempre contaron con la estrecha colaboración de una clase tan



ávida como miope, tan traidora como asesina: en 1912, el Departamento de Estado ordenó el desembarco de la infantería de marina, al mando del mayor Smedley Butler; éste, con ocho buques de guerra y más de 2.500 hombres, sometió a Nicaragua a un sangriento bombardeo, para derrotar a Mena y a Zeledón, dos rebeldes nicaragüenses que con el apoyo popular habían conseguido prácticamente tomar el gobierno. Los norteamericanos entraron, ésta como otras veces, a pedido del propio presidente del país. La presencia permanente de tropas norteamericanas en la capital de Nicaragua le ahorraría al Departamento de Estado futuros traslados: ellos ya estaban allí. (Simultáneamente hubo intervenciones armadas norteamericanas en Honduras, Panamá, República Dominicana, Haití, Cuba y México, donde entraron para intentar capturar a Pancho Villa.)

En 1926, el almirante Julián Latimer protagonizará otra intervención norteamericana armada en Nicaragua, so pretexto de apoyar a uno de los dos bandos nacionales que se disputan el poder. Esta nueva invasión suscita la rebeldía popular y dará lugar a la lucha más encarnizada contra el opresor del Norte y la política quería nativa: la guerra de guerrillas emprendida por un simple obrero, Augusto C. Sandino.

#### **SUS ACCIONES COMERCIALES SON COMO EL HENO DE LOS CAMPOS (E. Cardenal)**

Nació en 1895. Tuvo una instrucción elemental. Pero le tocó trabajar en compañías norteamericanas; en los puertos y en las minas cultivó su profundo odio a la interven-

ción extranjera y su ideal latinoamericano. Cuenta la historia popular que las primeras armas para luchar contra la invasión y contra los traidores nicaragüenses se las proporcionaron las prostitutas, que pidieron armas a los marines yanquis a cambio de sus servicios. El primer ejército de Sandino se compone de treinta obreros de una mina, mal armados y peor entrenados; la conciencia de su inferioridad numérica y de par que le conducirá a imaginar una estrategia que se volverá famosa: el hostigamiento que rehúye el combate frontal, el

alzamiento al monte: la guerrilla. Incursiones sorpresivas, audaces y rápidas, jalonan el camino triunfal de Sandino hacia Managua, pero cuando todo parecía resuelto, un pacto traicionero, el Pacto de Tipitapa, celebrado entre los norteamericanos y los rebeldes Moncada y Sacasa (aparentes aliados de Sandino) interrumpe el éxito del jefe guerrillero. Como contrapartida a unas elecciones «vigiladas» por el amo del Norte, los rebeldes deben entregar las armas y deponer la lucha. Sandino se resiste y se refugia con los suyos en las montañas.



Los norteamericanos siempre contaron con la estrecha colaboración de una clase tan ávida como miope, tan traidora como asesina. (En la foto, el general Anastasio Somoza—padre del actual presidente e igualmente dictador de su país— asesinado en 1956.)



Moncada intentó convencerlo: despreciaba —él, todo un general de carrera— a este indiecito indómito y rebelde, indisciplinado y de origen oscuro. Según se cuenta, Moncada le preguntó a Sandino: —Y a usted, ¿quién lo ha hecho general? Mis compañeros de lucha, señor, respondió el interpelado. Mi título no lo debo a traidores ni a invasores.

### **ES PREFERIBLE VIVIR COMO REBELDES Y NO VIVIR COMO ESCLAVOS (Sandino)**

Es así como queda solo para resistir la intromisión norteamericana y la traición de los políticos del país. Su próximo golpe fue famoso: se apoderó de las minas de oro de San Albino, calculadas en ese entonces en 700.000 dólares, y que eran propiedad del yanki Charles Butler. La noticia re-

veló a los patriotas nicaragüenses que había un grupo de hombres que se negaban a pactar y que continuaban luchando. La resistencia es heroica porque se trata de un ejército popular, de alzados, de campesinos y de obreros que se enfrenta a dos ejércitos regulares: el del país y el norteamericano, pertrechado con armas que los sandinistas ni siquiera habían conocido, tal como sucedió en la batalla de El Ocotal, cuando la aviación bombardeó a los sandinistas prácticamente desarmados. La indignación que esta intervención norteamericana causó fue considerable, recibiendo críticas en los propios Estados Unidos. Entre 1927, 1928 y 1929, Sandino vuelve a emplear la táctica de la guerrilla para hostigar a los norteamericanos y a los nicaragüenses traidores; se convierte en un fantasma que aparece y desaparece súbitamente, siendo dado por

muerto en cada enfrentamiento. Su objetivo, durante todo el tiempo, es el mismo: los invasores deben abandonar el país, los nicaragüenses deben arreglar solos sus problemas internos.

Entretanto, Moncada obtiene el premio que su traición a Sandino le había acreditado: en 1929 es elegido presidente, en elecciones «supervisadas» por la diplomacia y la infantería norteamericana. Sandino mantiene sus acciones, aunque sus fuerzas cada vez están más raleadas por el desgaste y la falta de recursos. Su desconfianza a los políticos tradicionales y su patriotismo se mantienen idénticos, pero el apoyo que ha buscado en naciones hermanas le fue negado. En 1933, subirá al poder en Nicaragua el liberal doctor Sacasa. Los líderes políticos intentan convencer a Sandino de que el nuevo presidente ha conseguido que los norteamericanos abandonen el país.



Los Somoza poseen una de las fortunas más importantes del mundo: monopolizan la producción de plásticos, vidrio, papel, cemento, metales, cloro, carnes, pesca, azúcar, tela, café y tabaco. (Escena en las calles de Managua, en 1977.)



Sandino es entrevistado en uno de sus reductos y finalmente accede a deponer las armas. Se firman acuerdos y protocolos entre ambas partes; el improvisado general no desconfía: ha tratado poco con los políticos y es hombre de gran honradez. El gobernador Sacasa le acuerda algunas garantías, contra la deposición de armas, y se compromete a evitar cualquier intervención norteamericana. Aparentemente, los términos del tratado se cumplen. Sin embargo, hay un factor que Sandino no pudo sospechar. A fines de 1932, Anastasio Somoza, ex-secretario del general Moncada, fue designado jefe director de la temida Guardia Nacional, el organismo policíaco-militar adiestrado por los norteamericanos para «conservar el orden» en el país. La Guardia Nacional, pese al pacto, ha puesto dificultades continuamente a la vida de los guerrilleros sandinistas, humi-

llándolos, maltratándolos y matándolos solapadamente. Sandino se da cuenta de que ha caído en una trampa, pero el presidente Sacasa se compromete a arreglar la situación; ambos se tienen confianza y desean la paz. Pero Sandino era considerado un peligro latente por la diplomacia norteamericana; insobornable, no se lo podía comprar, como solía hacerse con los opositores de la clase política; carecía de ambiciones personales de poder, de modo que tampoco podía conformarse con un cargo público más o menos simbólico. Su prestigio entre las clases populares y su extraordinario valor personal hacían que se convirtiera en un juez temible, y la propia clase dominante nicaragüense lo veía con terror, como si fuera el llamado a reivindicar a los oprimidos. En 1934, Sandino dio nuevas muestras de tranquilidad: quería entrevis-

tarse con Sacasa para obtener mayores garantías acerca de la independencia de Nicaragua. Un esbirro que luego instalaría la dinastía más opresora del país, Anastasio Somoza, fue el encargado de poner en práctica una las mayores traiciones de la historia de América Latina. En efecto, este ambicioso y sanguinario lacayo fue encargado por el embajador norteamericano, Arthur Bliss Lane, de organizar la operación de asesinar a Sandino. Se aprovechó la cena en que éste habría de reunirse con Sacasa para organizar el crimen. Somoza transmitió la orden del embajador norteamericano a 16 oficiales obedientes, y el 21 de febrero de 1934, Sacasa invitó a Sandino a compartir su mesa. Somoza había dicho: «El gobierno de Washington respalda y recomienda la eliminación de Augusto César Sandino por considerarlo un perturbador de la paz del país.»



En cuanto al gobierno, los Estados Unidos se encargaron de colocar siempre a gente adicta, «amigos», tiranos sumisos a los consejos de Washington. (El general Anastasio Somoza, hijo —en el centro de la fotografía—, ganador de las elecciones a la presidencia en 1967, abraza al entonces presidente Lorenzo Guerrero, a su derecha, y a Guillermo Sevilla Sacasa, embajador de Nicaragua en EE.UU.)



Según cuenta la historia popular, cuando Sandino estaba cenando, los presos ya habían cavado su fosa. Y el títere siniestro, Somoza, culminó su obra, luego de matar a Sandino, deponiendo al propio Sacasa. Desde 1936, él y su familia no han dejado de retener el poder, administrándolo como un feudo particular. Los Somoza poseen una de las fortunas más importantes del mundo; monopolizan la producción de plásticos, vidrio, papel, cemento, metales, cloro, carnes, pesca, azúcar, tela, café y tabaco. El terremoto de 1972, que destruyó casi por completo el país, no lo afectó demasiado: especuló con la

ayuda internacional, que fue a parar a sus arcas. El plasma que llegaba por diferentes conductos a Nicaragua, destinado a heridos, fue vendido por la familia Somoza a los Estados Unidos: por algo poseen el negocio de la venta de sangre del país. Como es el dueño de Nicaragua, se sintió damnificado por la catástrofe y consideró que la ayuda internacional iba dirigida a su familia.

Hoy, en la misma selva donde luchó Sandino, y en las ciudades, la guerrilla se enfrenta a los mismos amos: los Somoza y la Guardia Nacional, el imperialismo norteamericano y

alguna que otra ayuda europea, porque no hay que olvidar que cuando Carter deja de suministrar armas, siempre hay alguna otra nación, occidental y cristiana, que lo reemplaza.

**Uno se despierta con**  
[cañonazos  
**en la mañana llena de aviones.**  
**Pareciera que fuera**  
[revolución:  
**pero es el cumpleaños del**  
[tirano.

(Ernesto Cardenal)

**Soy nicaragüense y me  
siento orgulloso de que en  
mis venas circule, más que**



El terremoto de 1972 que destruyó casi por completo el país no lo afectó demasiado (a Somoza), especuló con la ayuda internacional, que fue a parar a sus arcas. El plasma que llegaba por diferentes conductos a Nicaragua, destinado a los heridos, fue vendido por la familia Somoza a los Estados Unidos. (Escena de desolación en las calles de Managua, tras el terremoto que asoló la capital de Nicaragua.)





Hoy, en la misma selva donde luchó Sandino, y en las ciudades, la guerrilla se enfrenta a los mismos amos: los Somoza y la Guardia Nacional —en la foto—, el imperialismo norteamericano y alguna que otra ayuda europea, porque no hay que olvidar que cuando Carter deja de suministrar armas, siempre hay alguna otra nación, occidental y cristiana, que lo reemplaza...

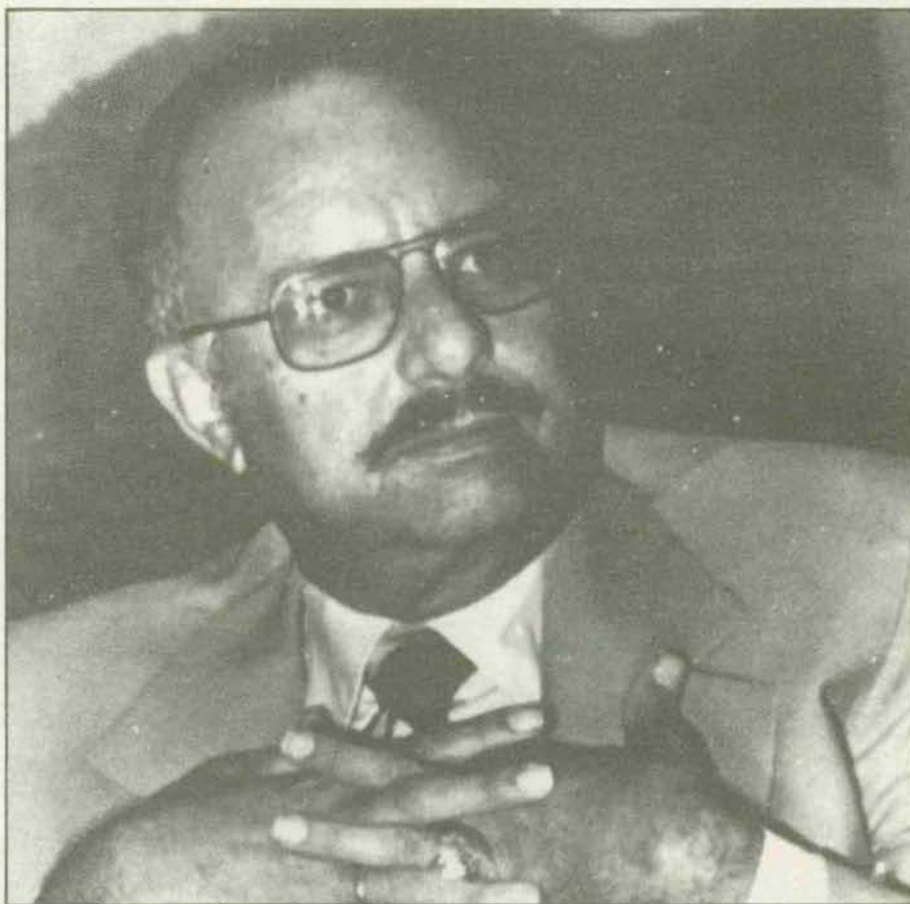
cualquiera, la sangre india americana. (...) Soy trabajador de la ciudad, artesano, como se dice en este país, pero mi ideal campea en un amplio horizonte de internacionalismo, en el derecho de ser libre y de exigir justicia, aunque para alcanzar ese estado de perfección sea necesario derramar la propia sangre y la ajena... Mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza.

*(Sandino)*

Este es el momento, nicaragüense; asestemos el golpe final a la dictadura. Convertid todos vuestros utensilios en armas: cuchillos, picos, palas; salid a la calle y luchad. La victoria está cerca.

*(Frente Sandinista de Liberación Nacional, 1978).*

■ C. P. R.



La dinastía Somoza, en Nicaragua, con cuarenta años de extorsión, explotación y genocidio, puede haber llegado a su fin. Sandino habrá triunfado póstumamente... (En la fotografía, el actual dictador de Nicaragua, Anastasio Somoza, hijo, que en recientes declaraciones dice controlar la situación en su país.)